

Epifanía, la Semana de Pascua, sobre el Ayuno, la Virginitad, el Paraíso, sobre la Iglesia, sobre Nísibe. La presente traducción de los *Himnos sobre la Natividad* (hasta el momento se conocen 28) es la primera que se hace al francés a partir de la edición crítica en 1959 (CSCO 186-187) de Edmundo Beck. Los 28 Himnos sobre la Natividad conocidos hasta el momento no tienen todos el mismo valor doctrinal o literario y son difíciles de datar. A los Himnos del V al XX se les puede definir como canciones de cuna o nanas puestas en labios de la Virgen, en la fiesta litúrgica de la celebración de la Navidad-Epifanía (6 de enero): son el núcleo central de estos himnos. En el siglo VI se añade la serie del I al IV (que son auténticos) y después los himnos XXI-XXVIII (estos últimos son una compilación de estrofas procedente de himnos auténticos). El carácter de estos himnos es litúrgico para la celebración de la vigilia nocturna de la Navidad-Epifanía (6 de enero). A través del canto (como antes había hecho el gnóstico Bardesanes de Edesa [154-222] y también Arrio), Efrén instruye a sus fieles y los protege de los gnósticos, de los arrianos y de los judíos. En los Himnos se encuentra un abundante y rico material sobre la Mariología primitiva.

F. Cassingena-Trévedy, o.s.b. es el autor tanto de la breve introducción que acompaña a cada Himno como de las notas que le acompañan. La introducción general es del P. F. Graffin, S.J. La obra se cierra con los índices bíblico, temático y nocional, de nombres propios.—C. GRANADO.

ISIDORE DE PÉLUSE, *Lettres*, Tome II, *Lettres 1414-1700*, Texte critique, traduction et notes par PIERRE ÉVIEUX (Sources Chrétiennes 454, Du Cerf, Paris 2000), 522p., ISBN 2204055573.

Del *corpus* epistolar isidoriano que contiene unas 2.000 cartas, el editor publicó un primer volumen en SC 422 conteniendo las cartas 1.214-1.413. En este segundo volumen publica las cartas 1.414-1.700 traducidas por primera vez al francés. El estudio de los mss. permitió al editor restituir el verdadero orden de numeración que debía llevar el epistolario de Isidoro de Pelusia (cf. P. Évieux, *Isidore de Peluse*, Paris 1995, p.411-418). En la preparación de este volumen se ha podido colacionar también el *ms. Patmos 706* (no utilizado en SC 422). Llaman la atención la extrema brevedad de algunas de estas cartas como la 1.581 (dos líneas) y 1.695 (dos líneas), 1.493 (dos líneas y media), 1.615 (tres líneas), aun así se transmite un pensamiento vigoroso y serio, que, por lo demás, constituye una característica del estilo del Pelusiot. Valgan como muestra las cartas más breves de este volumen: «Cuando se desencadena el vicio sin poder contenerse y sin admitir la menor enmienda, sólo es disuadido por el castigo» (1.581); «Si no respetas la naturaleza, teme las leyes no sea que cometas una falta contra lo divino y contra lo humano» (1.695). Por otra parte, las cartas más largas (1.435, 1.470) no sobrepasan las seis o siete páginas. Entre los destinatarios se encuentran obispos, presbíteros, diáconos, monjes, profesores, políticos, etc. El contenido de las cartas queda perfectamente indicado y resumido en el índice de las cartas (p.501-520) y en un índice de palabras y de conceptos (p.488-500) (piénsese en materia de exégesis, de medicina, de educación, de gramática, etc.) que ayudan extraordinariamente al lec-

tor a la utilización del volumen. En las abundantes anotaciones el Prof. Évieux remite frecuentemente a su estudio sobre Isidoro de Pelusa.—C. GRANADO.

BEAUJARD, B., *Le culte des saints en Gaule. Les premiers temps. D'Hilaire de Poitiers à la fin du VI^e siècle* (Histoire religieuse de la France 15, Du Cerf, Paris 2000), 613p., ISBN 2-503-51275-5.

La presente obra, tesis doctoral de la autora en 1994, ocupará un lugar destacado en la historiografía francesa, pues sitúa los orígenes del culto a los santos en las Galias en su justa medida, dejando hablar a los documentos escritos (textos hagiográficos) y a la arqueología, anteriores al siglo VI, con toda honestidad y verdad, lo que de entrada significa una reducción en el número de santos, en su antigüedad, en el culto tributado, pero una reducción sin carácter polémico. Así nos muestra que antes de Hilario de Poitiers prácticamente era mínimo el recuerdo y el culto a los mártires en las Galias. Fue Hilario el primero que se preocupó del martirio y de los mártires forjando una definición de martirio como concepto abierto a otras formas de santidad distintas a la del derramamiento de sangre. Parece que Martín de Tours (+397) y Victricio de Rouen fueron los que introdujeron el culto de los santos en sus ciudades, importando para ello reliquias de mártires. Hasta el 406 el culto de los santos era un fenómeno marginal, prácticamente perteneciente a la esfera privada. (Se habla también de mártir, aunque no haya muerte, hay un martirio de deseo por defensa de la fe y por la virtud. El servicio a la iglesia y la vida ascética se considerarán tan meritorias como la efusión de sangre. En esto consistiría la originalidad de los santos galos). A partir del 407 se desarrolla una nueva concepción de la santidad basada en la humildad, sumisión y renuncia a los bienes de este mundo. Santidad propia de monjes (Marsella y Lérins influyen notablemente en el desarrollo del culto a los santos), pero también accesible a todos los fieles. Se considera que esta nueva idea de santidad tiene el mismo valor que el martirio. A partir del 455 el culto a los mártires deja de ser simplemente un fenómeno espiritual y adquiere una valencia de orden político-militar. Comienza una primera floración de santos que se convierten en los defensores y patronos protectores de las ciudades ante las guerras, las epidemias o las herejías; el culto a los santos, con sus basílicas, contribuye a modificar la misma geografía de las ciudades y del medio rural y contribuye también a reforzar la autoridad de los obispos y de los reyes. Con Venancio Fortunato y Gregorio de Tours (538-594) se inicia una nueva literatura hagiográfica más adaptada a las necesidades de los tiempos con santos que hacen milagros y no sólo tienen virtudes y que difunden una moral que regula los comportamientos y relaciones humanos y alienta la esperanza de alcanzar, por intercesión de los santos, la salvación eterna. También fortalece las prerrogativas episcopales. Los obispos multiplican las fiestas en honor de los santos e, incluso, inventan (o los cuerpos de los mártires se descubren por azar o gracias a una revelación, o se adquieren reliquias), sobre todo en el siglo VI, santos mártires militares o misioneros. Con la invención, todavía excepcional en el siglo V, pero muy abundantes en el siglo VI donde se cuentan más de 120 santos galos (cf. p.243-247), se extiende notablemente el culto de los santos en las Galias. En ello influye, sin duda, el nuevo con-